

El brillo en los ojos de la experiencia

—¿Estás preparada?

—Telescopio en mano, ¡allá vamos!

Sí, estaba preparada, pero también nerviosa. ¿Cómo no iba a estarlo?

A una edad temprana mis padres me regalaron un microscopio. Decían que cada vez que veía algo que me llamaba la atención, me aproximaba y me quedaba observando para registrar todo tipo de detalle, puede que el astigmatismo que me diagnosticaran unos años más tarde tuviera algo que ver. Me fascinaba el pensar que había un mundo que no se veía a simple vista, un mundo en el que si querías adentrarte y observar la complejidad que poseía, tenías que hacer uso de un instrumento que seguramente ideara una persona con tal curiosidad como la mía. Recuerdo el día que lo estrené. Mi madre me estaba enseñando cómo funcionaba el microscopio simple cuando oí a mi abuelo relatando a mi padre que había tenido una experiencia única, como si de un milagro se tratase. Dejé aquél maravilloso invento y eché a correr hacia mi abuelo para preguntarle qué le había ocurrido. Me senté a su lado y escuché atentamente:

— Hace 50 años estaba dando un paseo con tu abuela por la noche. Asomada por la ventana, me dijo que el cielo que estaba observando era el más bonito de todo el invierno. Al ver su cara de asombro no podía hacer otra cosa que no fuera cogerla de la mano, preparar los abrigo y alejarnos del centro de la ciudad con el fin de contemplarlo en todo su esplendor. Llegamos a un lugar donde había poca contaminación lumínica y los dos fijamos la vista en un mismo punto. Una estrella de color azul que se movía lentamente. Esa fue la primera y la última vez que la vimos.

Me quedé perpleja al oír la historia y empecé a interesarme por el mundo astronómico. Quién me iba a decir que existía un mundo tan pequeño, imperceptible al ojo humano y a la vez, un universo que alberga mucho más que las estrellas que alcanza nuestra vista. Conforme iba pasando el tiempo iba aprendiendo y comprendiendo mejor las asignaturas que sentía que me iban acercando a la posible definición de "estrella de color azul que se movía lentamente". Pasaron años y años hasta que un día di con la respuesta. Recogí todos los libros que tenía esparcidos por la mesa de la biblioteca de la Universidad y fui corriendo a casa de mis abuelos. Llamé al timbre. Subí las escaleras y cuando se abrió la puerta le dije:

— ¡Abuelo, ya sé qué es esa estrella de color azul que se movía lentamente! Esta noche será visible desde la Tierra.

— Genial, cojamos las cosas y vamos donde me digas.

Estaba nerviosa al saber la ilusión que les había hecho a mis abuelos ver algo tan maravilloso y el buen recuerdo que tenían de aquello. Sólo esperaba que mi abuelo volviera a tener una experiencia parecida a la que vivieron en febrero de 1986. Llevaba tanto tiempo esperando que viera aquel fenómeno astronómico que ocurre cada 75 años...

Coloqué el trípode, él desplegó su silla. A continuación, puse en funcionamiento la cámara de fotos, él mi telescopio. En tan sólo unos minutos levantamos la mirada y allí estaba, una estela de color celeste en medio de aquella oscuridad inmensa. Cinco segundos de contemplación, de admiración..., cinco segundos en los que me di cuenta que no era el cielo lo que observaba, sino el cometa Halley en su mirada.